

JOSIAH OBER, *Democracy and Knowledge*, Princeton University Press, Princeton and Oxford, 2008. 342 páginas.

Como ya nos anuncia el autor en su “Introducción” (p. xvi), este libro indaga el pasado como beneficio del futuro. Su punto de partida es un alegato en favor de la democracia, y lo hace tras estudiar empíricamente el caso de la ciudad-estado de Atenas. Elige el periodo “*circa* 500-320 a. C.” (p. 22) y presta atención al rendimiento que allí produjo la democracia como régimen racionalmente superior a cualquier otro.

En su curiosa introducción de 38 páginas, Ober reflexiona sobre la democracia como sistema de gobierno. Para él, no se trata del menos malo de los sistemas de gobierno (p. 4), según el dicho de Winston Churchill. En su opinión, la duración y resistencia de la democracia a través del tiempo responde a cualidades propias de la ingeniería democrática y a su racionalidad.

Partiendo de las intuiciones de John Adams y de Friedrich Hayek, Ober está de acuerdo en que la libertad requiere de “un conocimiento general entre la gente”. Ahora bien, ese conocimiento se halla disperso entre la población y es difícil de utilizar (p. 2). Movilizar ese conocimiento, articularlo y ponerlo al servicio de la vida pública y sus valores, es imprescindible para el mantenimiento de la democracia (p. 3). El compromiso democrático requiere decisiones y un discurso persuasivo con razonamientos mutuos entre los ciudadanos. En este sentido la democracia se adelanta con su atmósfera propicia a la mutua

corrección de errores y a su propio perfeccionamiento (p. 4).

Ober considera que, juntando las fuerzas de la teoría normativa con la filosofía de la acción conjunta y la teoría política de la elección racional, se pueden encontrar nuevos caminos para afianzar la teoría democrática y la “epistemología social” (p. 5). Henos, pues, ante un libro de teoría política en toda regla; al menos así lo es para la intención de su autor.

El libro presenta de inmediato su planteamiento racionalista. Ober se pregunta si la democracia es rentable. Él asume que sí lo es en la medida que promueve mejores valores y da mejores resultados. La democracia participativa y deliberativa se muestra a su análisis como el sistema de rendimientos más eficientes. Ocurre así porque esta forma política alinea de manera óptima las elecciones políticas con las morales, y se convierte por tanto en la mejor forma posible de gobierno. Ésa es “su tesis” (p. 6).

Su argumentación se asienta en aportaciones sobre tres puntos: la gestión del conocimiento existente, las instituciones y las prestaciones del estado —palabra que él escribe siempre con minúscula. Para ello dedica los capítulos uno al seis, de un total de siete, a ofrecernos: “a historical case study of democratic practice, grounded in an extensive body of empirical evidence and informed by both normative (value-centered) and positive (causal explanation-centered) political theory” (p. 7)<sup>1</sup>. El autor

<sup>1</sup> [Un estudio de caso histórico de práctica democrática, basado en un cuerpo extensivo de evidencia empírica e informado por una teoría política tanto normativa (centrada en los valores) como positiva (centrada en la explicación causal)].

utilizará el ejemplo de Atenas como caso en que brilla con esplendor su rendimiento político y su superioridad sobre las demás ciudades griegas.

Uno de sus puntales argumentativos es la defensa de las instituciones como guías de la acción de los ciudadanos (*action-guiding rules*) (p. 8). Su enfoque de investigación, su *approach*, por usar los términos habituales en investigación empírica, es la teoría de la elección racional. A pesar de que plantee globalmente la democracia como “explanatory variable” (p. 70), en realidad su estudio de la conducta se centra en el propio interés del individuo que se toma como *explanans* o motivación independiente. Ober acepta que “el actor perfectamente racional es una ficción metodológica”; “una excesiva simplificación de la psicología humana”, pero con la que se gana así “poder analítico”, descartando muchas complejidades de la vida real que son en realidad “analíticamente irrelevantes” (p. 10). Consciente de que su estudio incluye una teoría de los valores morales y otra de los resultados prácticos —o de las prestaciones de la ingeniería política—, Ober recurre a varias aportaciones metodológicas contemporáneas: el institucionalismo, el racionalismo y, quizá la más difícil de aceptar, el historicismo.

A Ober no parece importarle que la teoría de la elección racional parta de axiomas profundamente morales como el de que la vida es una lucha continua. Tampoco da explicaciones convincentes de por qué utiliza como un bloque un periodo tan complejo en la vida de las poleis griegas como son los años 600 a 300 a. C.

Otro aspecto inquietante en sus explicaciones es su falta de exactitud cuando tiene que dar alguna precisión. Recurre con demasiada frecuencia al “relativamente bien-integrado”, “relativamente gran tamaño” (p. 21), licencias que le restan capacidad de convicción frente al lector.

Aceptando que su estudio sólo va a ofrecer un modelo, “su modelo” de indagación, se puede afrontar el libro como respuesta a lo que el autor llama *un caso desconcertante*. El éxito de Atenas como régimen político sin igual —así lo ve él— es un “puzzle interesante” (p. 21) al que él, con su investigación, se propone dar explicación científica. A pesar de las numerosas apreciaciones caprichosas y a sus constantes imprecisiones, Ober pretende estar aportando una confirmación teórica de la democracia.

¿Y cómo evaluamos en concreto el rendimiento de un sistema político? Ober aclara que, cuando habla de buenas prestaciones de un régimen, se está refiriendo a su “*economic and military performance*” en comparación con las poleis rivales; es decir a su “*ability to accumulate resources, ensure security, and influence other states*” (p. 22, énfasis original)<sup>2</sup>.

No queriéndose dejar nada fuera, nuestro autor menciona también la importancia de la dignidad civil, de la identidad de los ciudadanos, del sentimiento religioso y de la trascendencia de todo ello en el bienestar de los mismos como variables también a considerar al evaluar la aptitud de una democracia.

Ober extrae Atenas de lo que él llama los “natural states”, entregados a prácticas

<sup>2</sup> [Habilidad para acumular recursos, asegurar la seguridad e influenciar a otros estados].

de gobierno más elitistas o monopolistas. Son estados a los que llama “premodernos” (p. 23), con lo que parece sugerir que Atenas es prácticamente una creación moderna. La adecuada mezcla de ingeniería institucional y de valores que impregnaban las prácticas atenienses será la responsable de los éxitos de la democracia como sistema de gobierno. Se trata de éxitos relativos, siempre en comparación con las poleis de su entorno (p. 24).

Ober levanta la bandera de la democracia sobre el mástil de la investigación empírica que, según él, demuestra su utilidad y su éxito frente a los competidores. En particular se plantea desmontar la *Ley de hierro de la oligarquía* enunciada en 1911 por Robert Michels, uno de los precursores del *power approach* en política comparada. Esto ocurre, eso sí, “relativamente”, porque Ober admite que dicha ley pueda seguir cumpliéndose en la mayoría de los casos (p. 30).

Pensando en el lector, Ober concluye su “Introducción” formalizando una hipótesis de trabajo (pp. 37-38). Está enunciada como una letanía científica sin pausas:

*Democratic Athens was able to take advantage of its size and resources, and therefore competed successfully over time against hierarchical rivals, because the costs of participatory political practices were overbalanced by superior returns to social cooperation resulting from useful knowledge as it was organized and deployed*

*in the simultaneously innovation-promoting and learning-based context of democratic institutions and culture* (pp. 37-38, énfasis original)<sup>3</sup>.

La presentación de su hipótesis, tan poco parsimónica, nos avisa de lo que el resto del libro nos traerá.

Tras esta declaración programática, Ober procede a presentar su estudio. Comienza por evaluar las prestaciones políticas del régimen de Atenas, una ciudad que tuvo siempre que competir con muchas otras poleis. Buscando datos sólidos y registrables, presta atención a tres indicadores: el florecimiento material, la distribución de moneda acuñada por la ciudad y la prominencia en la literatura griega clásica (p. 39). Asume que estos datos que va a obtener son “ruidosos”, y que contienen “relativamente” altos niveles de error; pero aún así los encuentra utilizables. Esta actitud de reconocer la invalidez de los datos y sin embargo pasar a utilizarlos es algo cada vez más corriente en la academia norteamericana, y puede resultar irritante cuando, como ocurre en este libro, se usa a discreción y sin pudor.

Ober hace una evaluación histórica a lo largo de un período que elige bastante caprichosamente y en el que la preeminencia de Atenas es, para él, incontestable. El problema es que esos años que él elige, 508-322 a. C., no quedan suficientemente justificados. Por otra parte engloba en ellos tantas cosas, tantos momentos histó-

<sup>3</sup> [La Atenas democrática supo sacar provecho de su tamaño y recursos, y por tanto competir con éxito a lo largo del tiempo contra sus rivales jerárquicos, porque los costos de sus prácticas políticas participativas fueron inferiores a los beneficios aportados por la cooperación social resultante del conocimiento útil tal y como fue organizado y desplegado en un contexto de instituciones y cultura democráticas basado en el aprendizaje y en la promoción de la innovación].

ricos y políticos, que su fuerza probatoria se debilita. Ober pasa por alto que Atenas pasó muchos años en guerra. Con todo, se las vale para presentar unos gráficos en los que aparece ante nuestros ojos una clasificación de las ciudades griegas más notorias y en los que, indudablemente, porque si no fuera así no habría libro, Atenas aparece en cabeza (p. 47). Sobre el uso de gráficos en ciencia política también cabe decir algo. Muy lejos de la admirable pedagogía francesa, los nuevos gráficos de este tipo son a menudo incrustaciones que confunden al lector o complican lo que en realidad debería ser más sencillo.

Posteriormente Ober nos pasa a describir su Atenas. Aun suponiendo que a lo largo de los años ésta presentase un perfil constante, resulta extravagante la insistencia del autor en pintarnos un cuadro de la ciudad que parece más bien referirse al siglo veinte de Norteamérica. Da por sentado que Atenas vive en un ambiente “extremadamente competitivo” y que todas las poleis griegas vivían en un “entorno hipercompetitivo y siempre en peligro de ser eliminadas” (p. 80). El escenario que nos describe liga las prestaciones políticas altas al logro de una posición “relativamente” más “segura y próspera” que las demás (resuena aquí la variable independiente *relative deprivation* de Ted R. Gurr).

Resulta curioso que Ober dedique un capítulo muy extenso a afianzar su idea de que Atenas operaba en un mundo en el que se cumplían las cualidades de una sociedad que hoy podríamos reconocer como vigilante (p. 100), aunque por supuesto él no lo llame así. A partir de aquí la sucesión de conceptos extraídos de su contexto, algo anacrónicos, y las afirmaciones inspi-

radas en la visión de poder del positivismo norteamericano más ligero, se suceden sin prudencia. Y lo hacen de una forma ingenua que deja perplejo a cualquier lector con cierto criterio.

Ober pasa a recapitular sus datos para mostrar que la agregación de conocimientos, a través de redes de intercambio, expertos y equipos de ciudadanos especialistas, ya se daba en la Atenas de aquel tiempo; y de una forma notable por su sofisticación. Ello se materializa en (i) una mejor agregación de los conocimientos que están dispersos en el cuerpo social de la ciudad, (ii) una mejor alineación de recursos materiales y humanos, y (iii) una superior capacidad de codificación de conocimientos y procesos que disminuyen los costes de manera “dramática” y con resultados “robustos”, por usar dos palabras fetiche para este tipo de científico.

En sus conclusiones presentadas en el capítulo siete, Ober retorna a su idea del principio; pero ahora con lo que él cree son argumentos empíricos irrefutables. El resultado es que coincide con los grandes adalides de la democracia participativa norteamericana, pero con argumentos más rigurosos. Las conclusiones son las mismas: la democracia participativa, aunque parezca costosa, no lo es y sus procesos e instituciones, sus valores y prácticas, su cultura en general, favorecen un rendimiento de los regímenes democráticos que les hace racionalmente sostenibles e incluso superiores por su mayor eficacia y rentabilidad.

Ober no se corta lo más mínimo y — *abiam soli amici moschetto e pugnali!*— recorre arriba y abajo el tablero de la historia europea, esa historia sui generis de buena parte de la politología norteamericana-

na, para hacer comparaciones a diestro y siniestro sin apenas comedimiento. De este modo encuentra que el proceso de construcción del “estado” es similar en Roma y en la Europa moderna temprana, y descubre con satisfacción que “nuestra modernidad” y la “Antigua Grecia” muestran una evidente analogía estructural (p. 279).

Después de esto, Ober ya resulta imparables: como somos “animales sociales”, los seres humanos tendemos a establecer jerarquías (p. 280). Pero también somos “*especialmente*” políticos, capaces de “comunicación sofisticada” (ibidem). Con

esta lógica, Ober concluye —como si fuera su gran hallazgo— “que los caracteres epistémicos distintivos de la democracia son compatibles con las capacidades inherentes humanas y la psicología moral” (ibidem). Satisfecho con sus hallazgos, cierra su obra con una reflexión de oro:

In a truly democratic community, among the things we would learn is that when each shares knowledge with others, our individuals prospects expand our society changes for the better (ibidem)<sup>4</sup>.

JAIME MACABÍAS

---

<sup>4</sup> [En una comunidad verdaderamente democrática, entre las cosas que aprenderíamos está que cuando cada cual comparte el conocimiento con otros, nuestras perspectivas individuales se expanden mientras nuestra sociedad cambia hacia mejor].